



Universidad Autónoma
del Estado de México

REMEDIOS



Emiliano Pineda Legorreta
Rodrigo Misael Estrada Reyes • Ilustración



REMEDIOS





Universidad Autónoma
del Estado de México

Primera edición, agosto 2025

Remedios

Emiliano Pineda Legorreta

Segundo lugar del 12° Concurso de Cuento Infantil

Rodrigo Misael Estrada Reyes

Ilustración

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN: 978-970-96732-8-9

Impreso y hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial

Jorge Eduardo Robles Alvarez

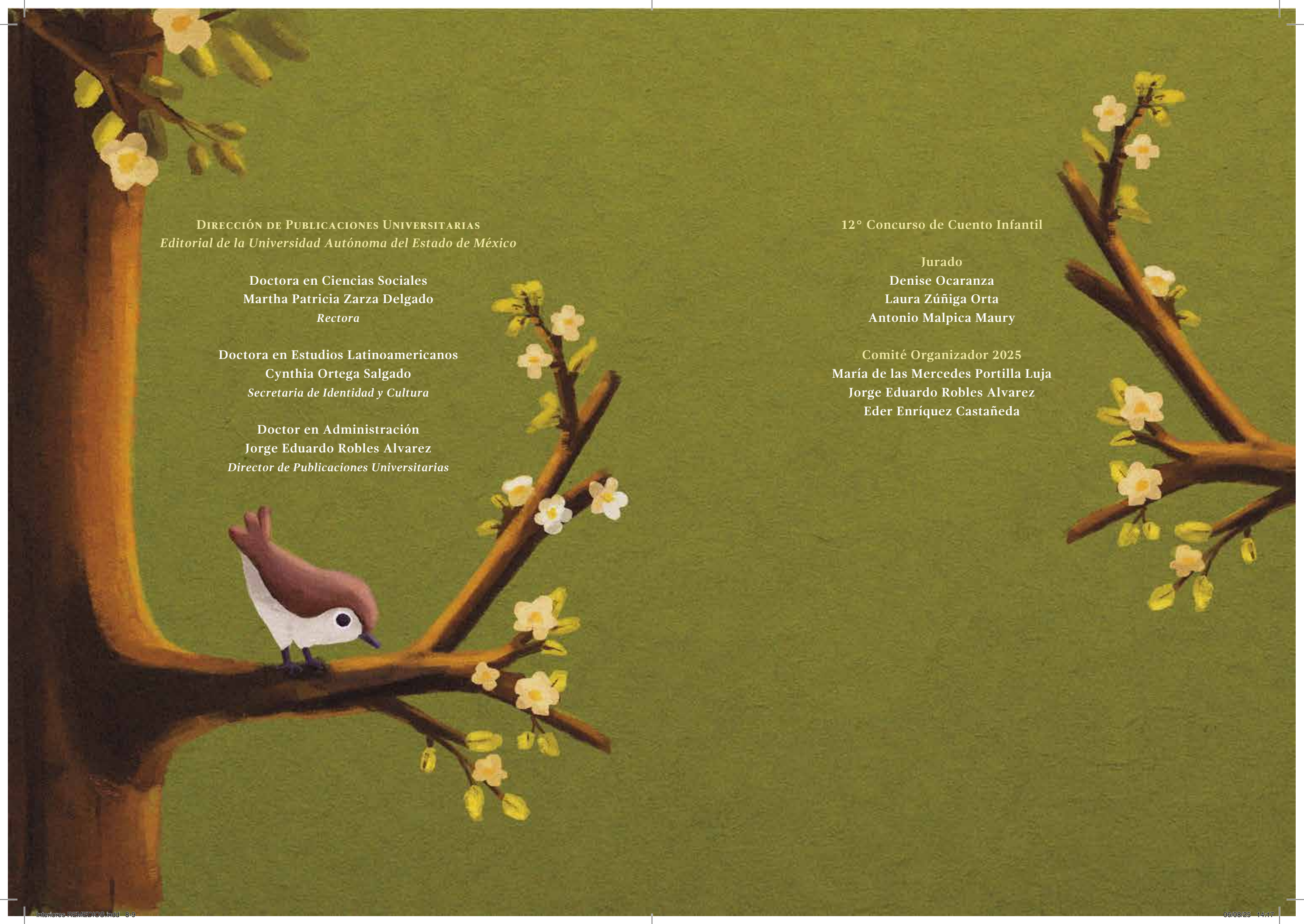


REMEDIOS

Emiliano Pineda Legorreta

Rodrigo Misael Estrada Reyes
Ilustración



The background is a textured olive green. On the left, a thick brown tree trunk curves upwards. Several branches extend from the trunk, bearing clusters of small white flowers with yellow centers and green buds. A small, stylized bird with a white body, a brown back, and a dark eye is perched on one of the lower branches. On the right side, another branch with similar flowers extends from the edge of the frame.

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

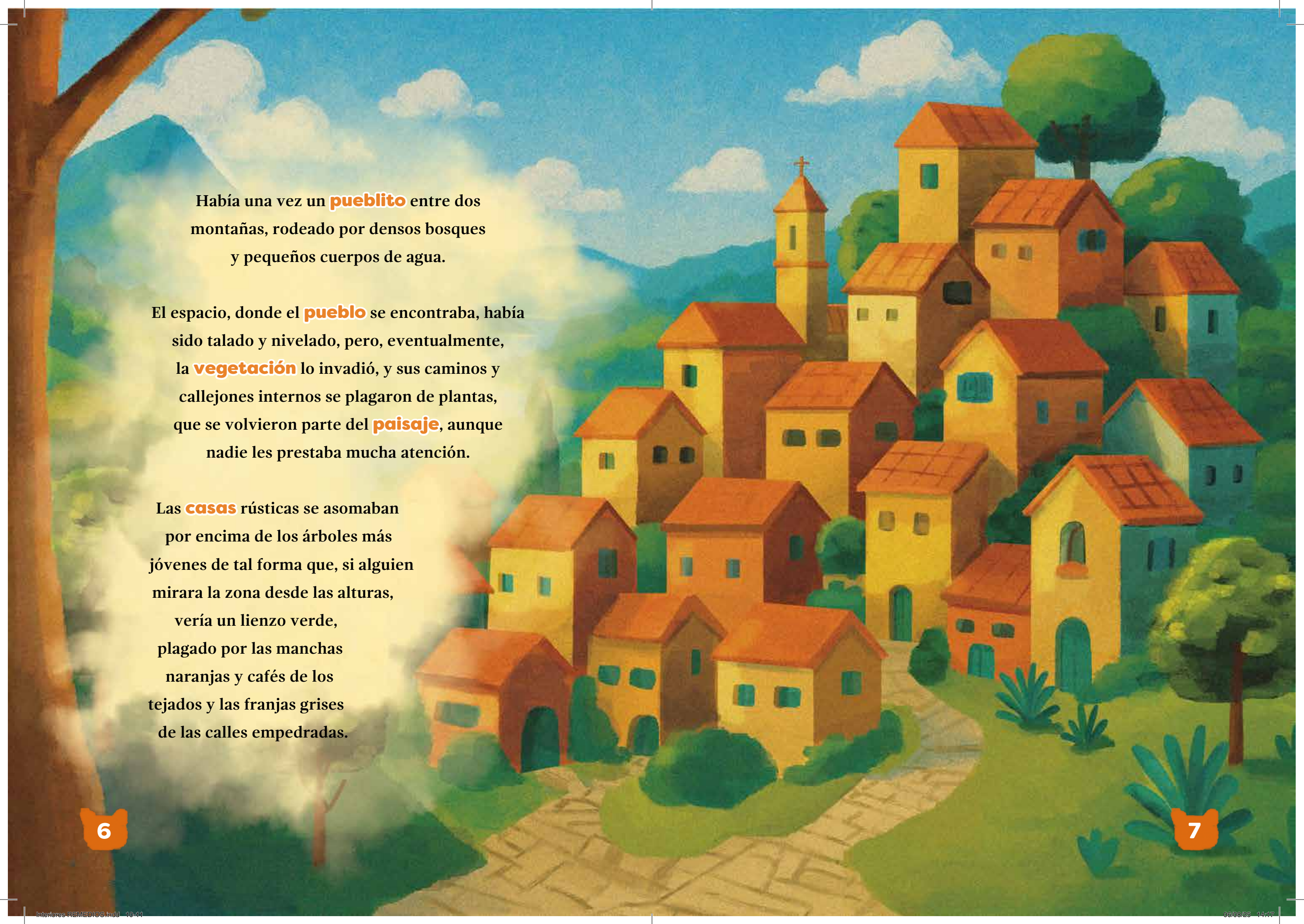
Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

12° Concurso de Cuento Infantil

Jurado
Denise Ocaranza
Laura Zúñiga Orta
Antonio Malpica Maury


Comité Organizador 2025
María de las Mercedes Portilla Luja
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Eder Enríquez Castañeda



Había una vez un **pueblito** entre dos montañas, rodeado por densos bosques y pequeños cuerpos de agua.

El espacio, donde el **pueblo** se encontraba, había sido talado y nivelado, pero, eventualmente, la **vegetación** lo invadió, y sus caminos y callejones internos se plagaron de plantas, que se volvieron parte del **paisaje**, aunque nadie les prestaba mucha atención.

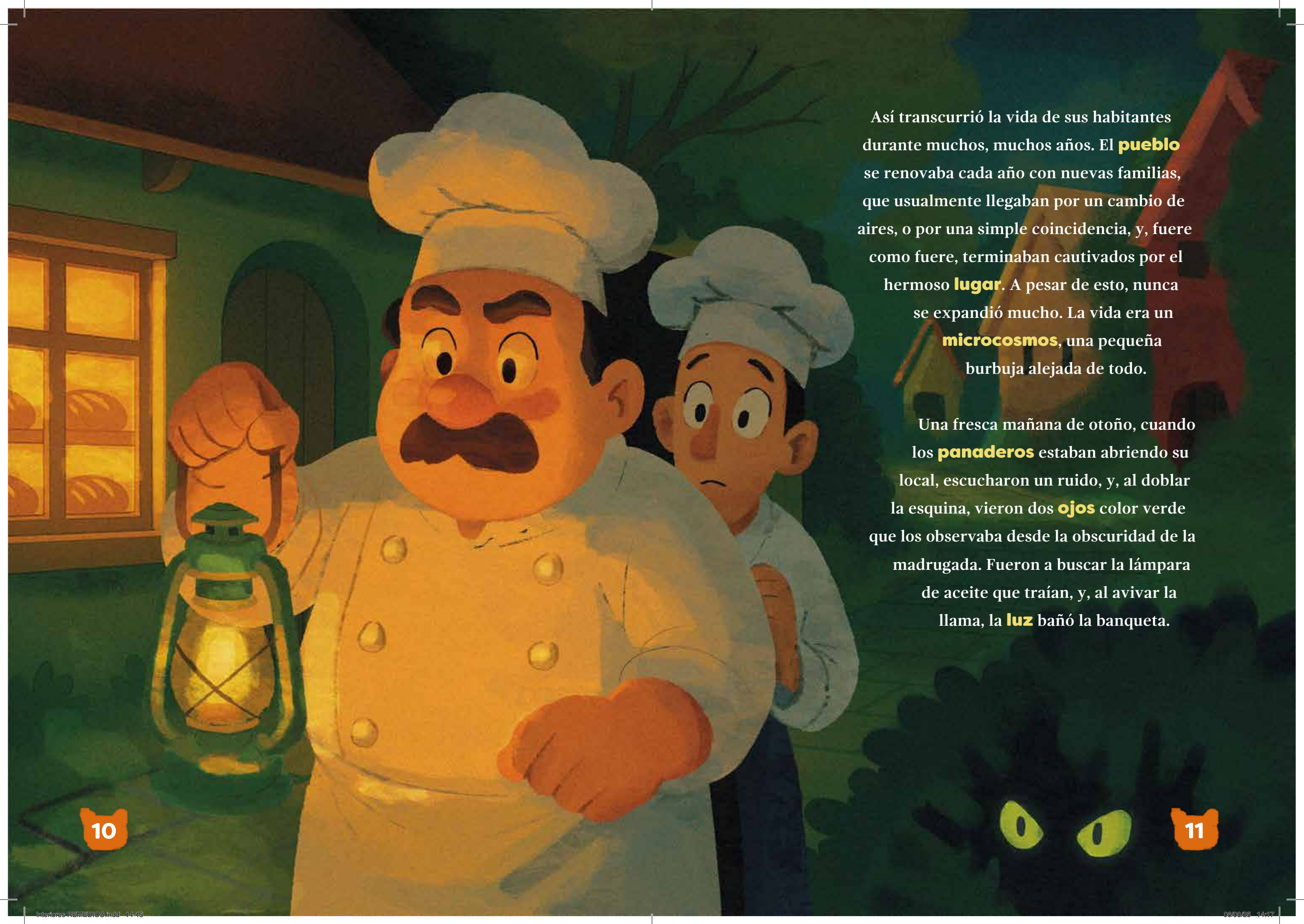
Las **casas** rústicas se asomaban por encima de los árboles más jóvenes de tal forma que, si alguien mirara la zona desde las alturas, vería un lienzo verde, plagado por las manchas naranjas y cafés de los tejados y las franjas grises de las calles empedradas.

A colorful illustration of a young girl with short brown hair, wearing a teal dress with a white collar, running happily on a dirt path. To her left is a white cat with orange markings, and to her right is a brown dog with a red collar. The background shows a village with houses, trees, and a blue sky with clouds.

La **gente** que ahí vivía no acostumbraba ver a los **animales** del bosque, debido a que estos se sentían intimidados por el bullicio causado por comerciantes y viajeros que hacían escala ahí durante sus complicados viajes.

Los **gatos** y **perros** del pueblo convivían tranquilamente con los del **bosque**, y no era raro que durante la primavera algún animal domesticado se perdiera por unos meses antes de volver con una familia propia. Cuando esto pasaba, la gente no tenía corazón para negarles la entrada a sus **hogares**.

Todos tenían una estrecha relación con los **animales**, especialmente con los que se negaban a ser domesticados, pero, aun así, rondaban en el centro del **pueblo**, y de vez en cuando llegaban a ciertas casas a reposar y comer. Ellos eran los más queridos, los que tenían veinte nombres distintos y ninguno verdadero.



Así transcurrió la vida de sus habitantes durante muchos, muchos años. El **pueblo** se renovaba cada año con nuevas familias, que usualmente llegaban por un cambio de aires, o por una simple coincidencia, y, fuere como fuere, terminaban cautivados por el hermoso **lugar**. A pesar de esto, nunca se expandió mucho. La vida era un **microcosmos**, una pequeña burbuja alejada de todo.

Una fresca mañana de otoño, cuando los **panaderos** estaban abriendo su local, escucharon un ruido, y, al doblar la esquina, vieron dos **ojos** color verde que los observaba desde la oscuridad de la madrugada. Fueron a buscar la lámpara de aceite que traían, y, al avivar la llama, la **luz** bañó la banqueta.



Había una hermosa **gata** carey, color **negro** con manchas amarillas y panza blanca. Su pelaje era esponjado y reflejaba la luz como si tuviera un aura **dorada**. Estaban seguros de que nunca antes la habían visto, ni en el centro ni en las afueras del pueblo o en el bosque.

El animal no se movió, por lo que pensaron que estaba lastimado, así que se acercaron más, y confirmaron que, efectivamente, tenía una **herida**, pero una muy peculiar.

Todo su **costado** izquierdo se encontraba desprendido del resto del cuerpo, como si se tratara de una especie de **tapa**, y estaba apoyada sobre su espalda, colocada con mucho cuidado. El hueco, que quedaba al descubierto, era amplio y parecía un **abismo** negro. Esto alarmó a los panaderos, que inmediatamente retrocedieron, y después de una pequeña discusión, decidieron que lo mejor sería ir por una manta para cubrirla y que el asunto se mantuviera en secreto hasta que alguien que supiera de gatos pudiera examinarla.

Esto, por supuesto, no pasó. En la esquina opuesta a la panadería vivía una **viejecita** dedicada a la costura y a los chismes.

Ese día se había despertado más temprano, pues era muy sensible a la luz y, como los panaderos doblaron la esquina, la lámpara de aceite **iluminó** su ventana, atravesando las cortinas.

Extrañada, fue a ver qué estaba pasando y en silencio observó todo desde su **ventana**.

Una vez terminada la escena, salió envuelta en un chal a decirle a su amiga, quien le contó a su hija, y ella le contó a su suegro, creando una cadena, de tal forma que antes de que el panadero llegara con la manta, la mitad del pueblo ya sabía sobre la **gatita**.

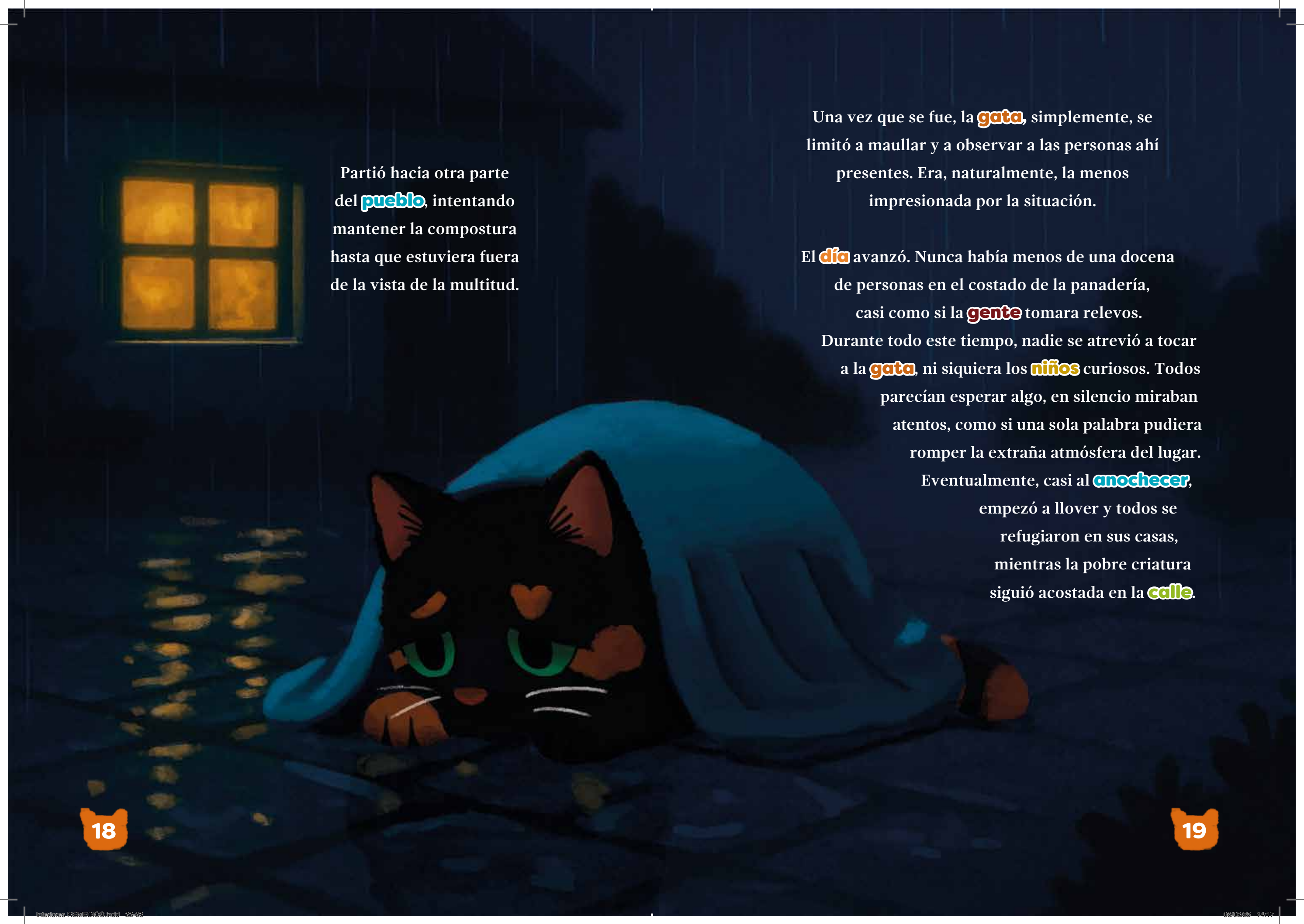


Ya que el **sol** había salido, una gran masa de gente se congregó alrededor de la **panadería**, llegando desde todas partes. Permanecieron un rato quietos, contemplando al extraño ser a una distancia no menor a un metro.

Luego de un tiempo, alguien llegó acompañado del **veterinario** del pueblo, quien se acercó a inspeccionar al animal.

Se inclinó por encima de la **gata**, e intercambiaron una **mirada** de mutua curiosidad.

El **hombre** se agachó y observó el **hueco** desde distintos ángulos, disimulando el hecho de que en realidad no lo estaba viendo directamente por las náuseas de siquiera imaginar el interior de la **herida**. Nunca se atrevió a tocar ni siquiera un pelo. Así estuvo durante algunos minutos, orbitando, analizando, fingiendo que sabía lo que veía, hasta que dio su veredicto. Afirmó que, increíblemente, se encontraba **bien** dentro de la gravedad, pero él no estaba capacitado para tratar la extraña **herida** que presentaba, y se fue a tratar asuntos que, según dijo, sí podía resolver.



Partió hacia otra parte del **pueblo**, intentando mantener la compostura hasta que estuviera fuera de la vista de la multitud.

Una vez que se fue, la **gata**, simplemente, se limitó a maullar y a observar a las personas ahí presentes. Era, naturalmente, la menos impresionada por la situación.

El **día** avanzó. Nunca había menos de una docena de personas en el costado de la panadería, casi como si la **gente** tomara relevos. Durante todo este tiempo, nadie se atrevió a tocar a la **gata**, ni siquiera los **niños** curiosos. Todos parecían esperar algo, en silencio miraban atentos, como si una sola palabra pudiera romper la extraña atmósfera del lugar. Eventualmente, casi al **anochecer**, empezó a llover y todos se refugiaron en sus casas, mientras la pobre criatura siguió acostada en la **calle**.

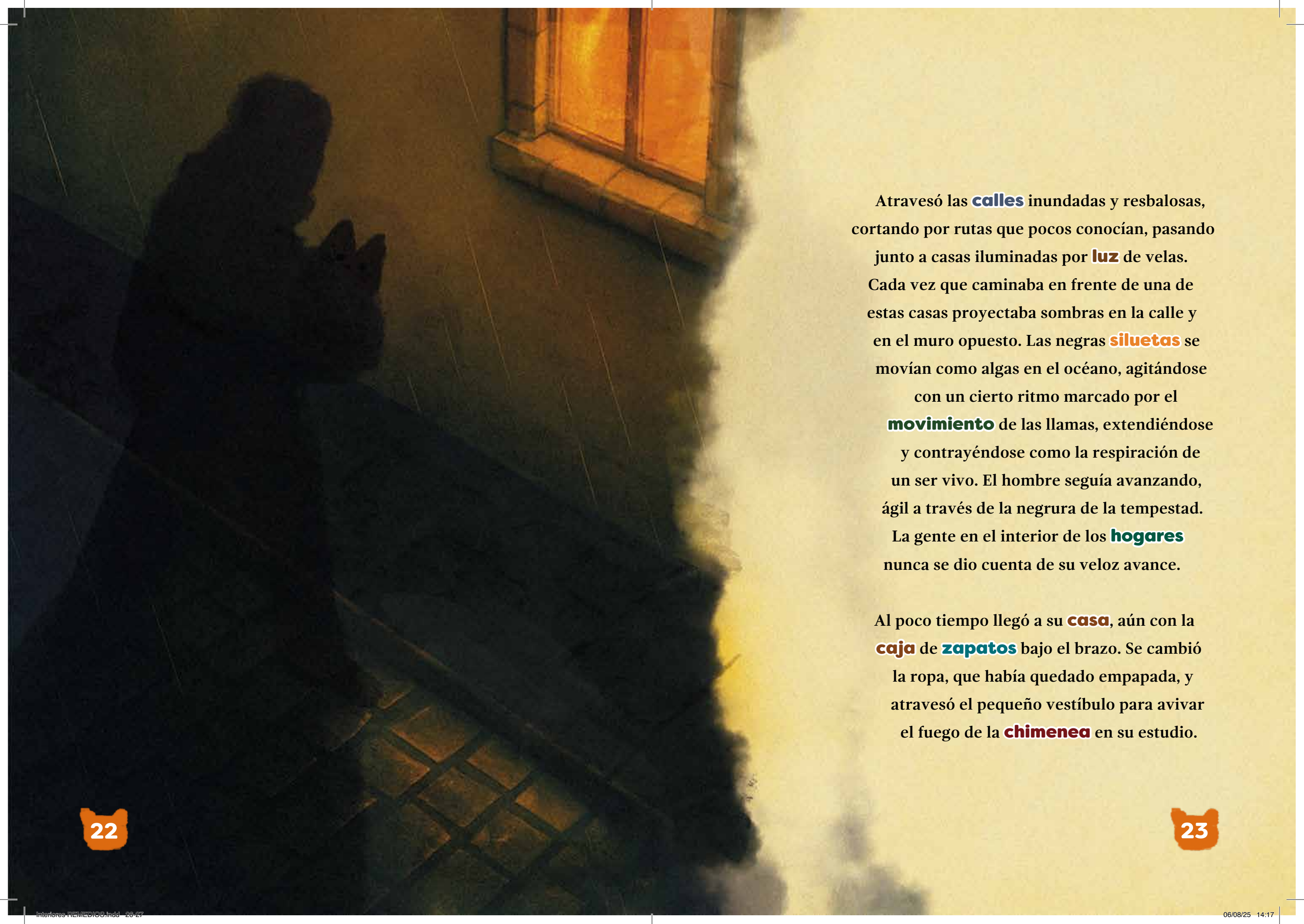
Durante la noche, el **agua** cayó con violencia.

Alrededor de medianoche, el **relojero** del pueblo salió cubierto por un sarape y corrió hasta la **panadería**, donde recogió a la **gata** y la colocó con cuidado en una caja de zapatos, que apresuradamente forró con **calcetines** viejos antes de salir.

El **relojero** era un hombre **viejo**, de manos largas y finas que, a pesar de la edad, aún tenían un **pulso** perfecto. Sus ojos eran verdes y su cabello cano, al igual que su barba, que siempre mantenía impecable y bien recortada.

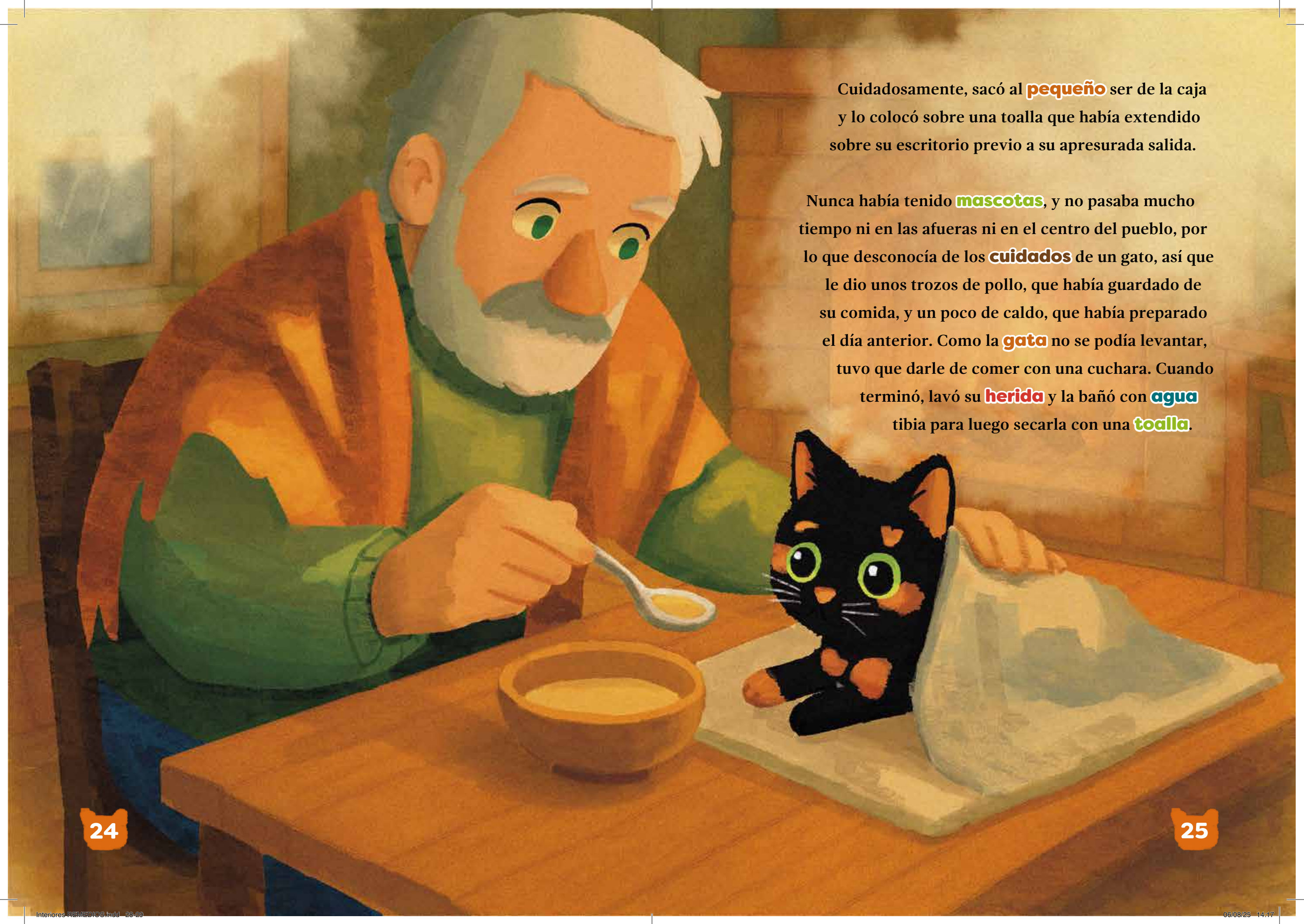
Había sido de los primeros en ver a la **gata**, pero tuvo que irse unos minutos después, y no fue hasta muy entrada la noche que escuchó sus **maullidos** y corrió a ayudarla, sorprendido de que nadie se preocupó por siquiera **taparla** de la horrible **tempestad** que se desató.





Atravesó las **calles** inundadas y resbalosas, cortando por rutas que pocos conocían, pasando junto a casas iluminadas por **luz** de velas. Cada vez que caminaba en frente de una de estas casas proyectaba sombras en la calle y en el muro opuesto. Las negras **siluetas** se movían como algas en el océano, agitándose con un cierto ritmo marcado por el **movimiento** de las llamas, extendiéndose y contrayéndose como la respiración de un ser vivo. El hombre seguía avanzando, ágil a través de la negrura de la tempestad. La gente en el interior de los **hogares** nunca se dio cuenta de su veloz avance.

Al poco tiempo llegó a su **casa**, aún con la **caja** de **zapatos** bajo el brazo. Se cambió la ropa, que había quedado empapada, y atravesó el pequeño vestíbulo para avivar el fuego de la **chimenea** en su estudio.



Cuidadosamente, sacó al **pequeño** ser de la caja y lo colocó sobre una toalla que había extendido sobre su escritorio previo a su apresurada salida.

Nunca había tenido **mascotas**, y no pasaba mucho tiempo ni en las afueras ni en el centro del pueblo, por lo que desconocía de los **cuidados** de un gato, así que le dio unos trozos de pollo, que había guardado de su comida, y un poco de caldo, que había preparado el día anterior. Como la **gata** no se podía levantar, tuvo que darle de comer con una cuchara. Cuando terminó, lavó su **herida** y la bañó con **agua** tibia para luego secarla con una **toalla**.

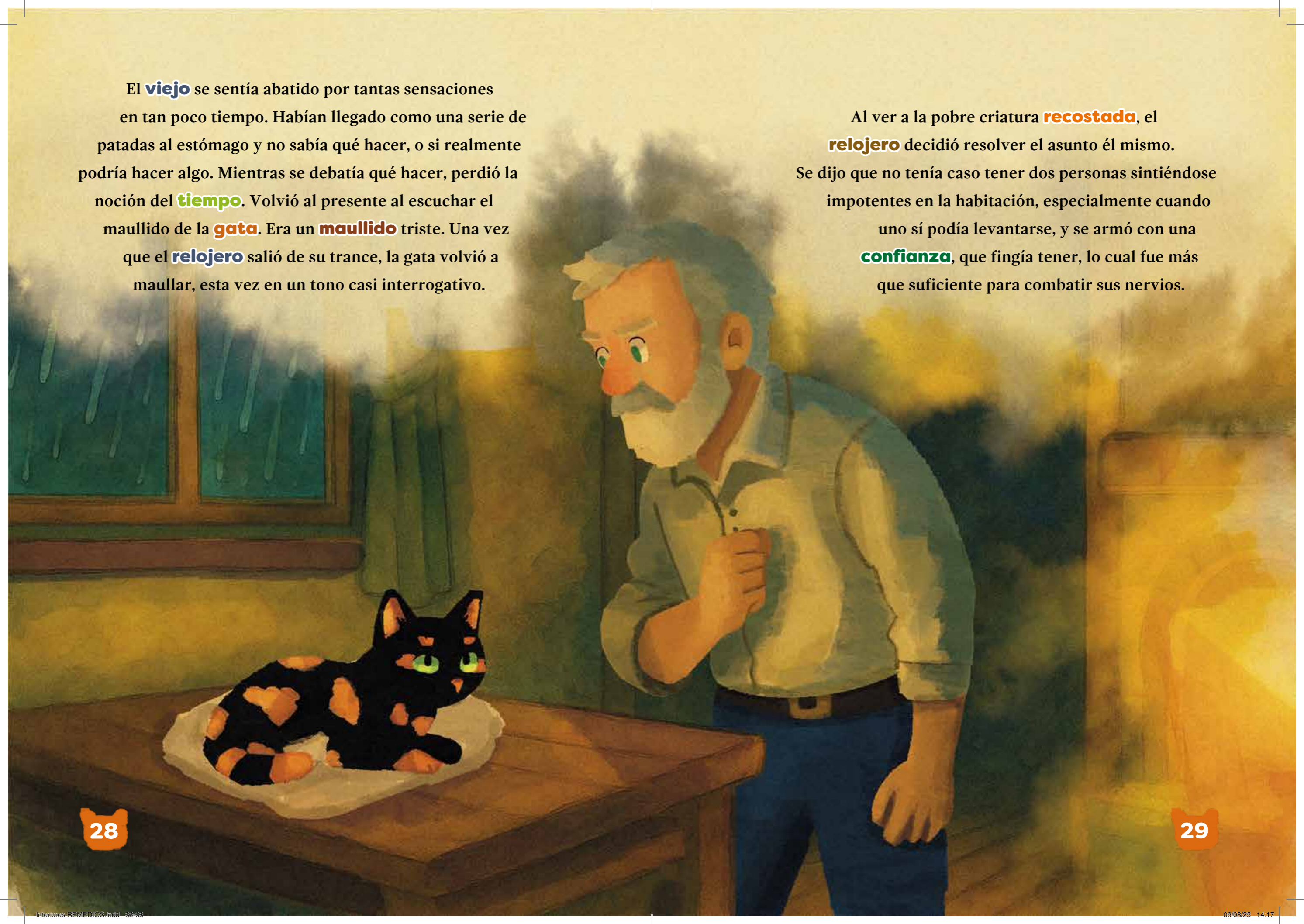
Mientras la **limpiaba**, su mirada se posó sobre la herida en sí. Notó que no había nada en el agujero. Estaba hueco y liso. Lo que ante él se había presentado no era un **gato** común. Se encontraba atónito, no por el hallazgo, sino porque nadie se había dado cuenta de eso antes, o, si lo habían hecho, le **impresionaba** la posibilidad de que nadie lo mencionara. Aún así, era un tanto inquietante ver algo tan **raro** como lo que tenía frente a él.

Su **sorpresa** rápidamente fue remplazada por una sensación de inquietud, se dio cuenta de que había olvidado la **“tapa”**, es decir, todo el costado izquierdo de la **gata**. Consideró ir a buscarla, pero la lluvia era demasiado fuerte y la **obscuridad** demasiado densa. Recuperar la **pieza** sería muy complicado, y, gracias a la tempestad que se había desatado, probablemente imposible, además de peligroso.



El **viejo** se sentía abatido por tantas sensaciones en tan poco tiempo. Habían llegado como una serie de patadas al estómago y no sabía qué hacer, o si realmente podría hacer algo. Mientras se debatía qué hacer, perdió la noción del **tiempo**. Volvió al presente al escuchar el maullido de la **gata**. Era un **maullido** triste. Una vez que el **relojero** salió de su trance, la gata volvió a maullar, esta vez en un tono casi interrogativo.

Al ver a la pobre criatura **recostada**, el **relojero** decidió resolver el asunto él mismo. Se dijo que no tenía caso tener dos personas sintiéndose impotentes en la habitación, especialmente cuando uno sí podía levantarse, y se armó con una **confianza**, que fingía tener, lo cual fue más que suficiente para combatir sus nervios.



En una esquina del cuarto se dirigió al pequeño armario y lo abrió. Ahí tenía sus **herramientas** de trabajo y algunos **materiales** que usaba para arreglar los **relojes** de amigos cercanos. Su **taller** estaba en el otro extremo del pueblo, pero como no trabajaba los fines de semana, les permitía a sus amigos visitarlo directamente en su **hogar** en caso de que lo necesitaran. Por eso no tenía tantas herramientas ni materia prima como en la otra bodega.

Actuó casi por instinto, como si algo estuviera guiando sus movimientos. Tomó grandes **trozos** de **cuero**, que guardaba para hacer las correas de los **relojes**, tomó un martillito y pinzas, y rápidamente fue a otro cuarto de la casa a buscar su botiquín, de donde sacó **aguja** e **hilo**.

Al volver al estudio, tomó más cosas del armario. **Mecanismos** enteros y **piezas** sueltas por igual. No comprendía por qué necesitaba eso, pero algo en su interior resonaba y le indicaba qué tomar. Simplemente, él lo aceptó y continuó recolectando **material**.

Acomodó **velas** y **espejos** en su escritorio para tener mejor visibilidad.

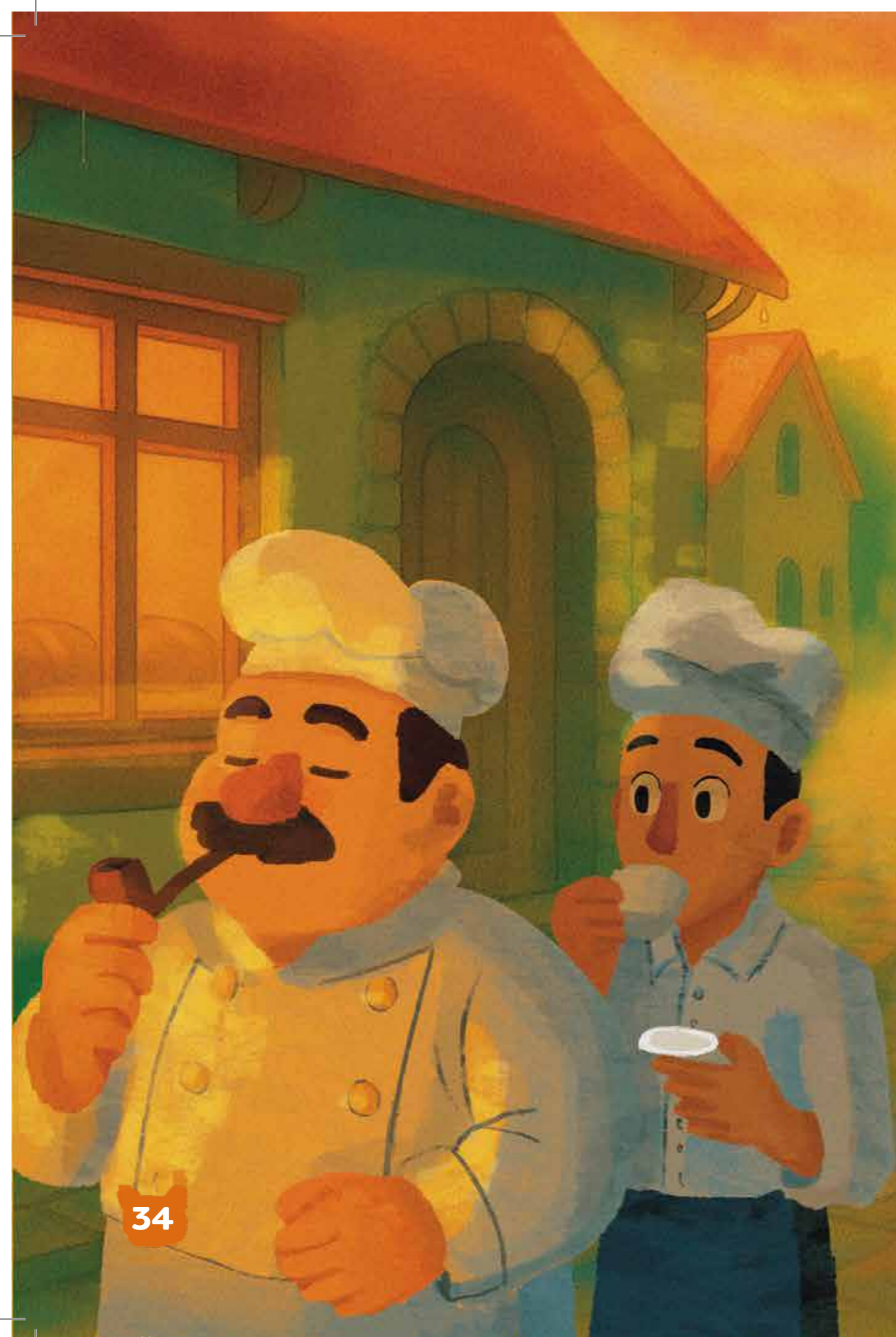




Mientras lo hacía, las **sombras** proyectadas por sus manos se multiplicaban en los muros, creando un color **negro** que cubría toda la estancia, cambiando de intensidad y forma con hasta el más mínimo **movimiento**.

Ahí se sentó, pensando en cómo iniciar su **labor**. Eventualmente, se dejó guiar por lo que sus instintos le decían. Acomodó, **unió** piezas y mecanismos, lentamente, hasta que después de unas cuantas horas todo empezó a acomodarse en su lugar, tanto las partes grandes como las pequeñas, todas **funcionando** en conjunto de maneras misteriosas. La **gatita** se durmió y su ronroneo se ajustó al **ritmo** de las **máquinas** en su interior.

Los últimos **retoques** se hicieron aún de noche. Un **parche** de **cuero** cosido a la **piel** de la **gatita** lo cubría a la perfección, asegurando que todo se mantendría en su lugar, tal y como debía ser. Ella **durmió** durante todo el proceso y nunca se quejó. Simplemente, dormía y amasaba en sus **sueños**, como cualquier gato lo haría.



Para cuando el **relojero** había acabado, ya era de madrugada, y el **sol** empezaba a salir por el este. Las **calles** se iluminaron una a una. Los **colores** revivían, volviéndose una algarabía de tonos **vibrantes**. Los charcos de la lluvia reflejaban la luz, creando **espejos** plagados de pequeños insectos y hojarasca. Gotas caían de los **tejadros** y los árboles en las cabezas de las personas que ya estaban afuera, contemplando el **amanecer**.

Los **panaderos**, que ya habían abierto su local hace un rato, seguían su rutina diaria. Una vez preparada la masa de los cuernitos reposaron un momento, mientras el horno se calentaba, y salieron a la **calle** a fumar. Como todos los días, se apoyaron en la pared, observando las carretas y personas pasar, **saludando** a los que conocían, y también a los que no.

Durante la noche, la tempestad se había llevado el **recuerdo** del misterioso **gato** hueco, dejando espacio para que alguien más lo ocupe.

En la calle los **niños** jugaban con los **animales** sin hogar. Los perros corrían y los gatos se asomaban desde los tejados, gruñéndoles ocasionalmente. Algunos se atrevían a bajar y se sentaban en las bancas y ventanas, observando con cierta soberbia, **libres** de malicia, hacia abajo.

Entre uno de los pocos **gatos** que rondaban las calles libremente y sin preocupaciones había una gata color **carey**, con un **collar** de **cuero** y una **plaquita** de bronce hermosamente decorada con diseños grabados en el brillante metal. **“Remedios”**, era lo que la placa decía.

Remedios, como las nuevas familias del pueblo, se integró en la **sociedad** tan rápido que algunos juraban haberla visto antes. Sus días los pasaba en el centro, **jugando** con los niños, y sus **tardes** en la **panadería**, donde siempre intentaba robar algún pan dulce. Cuando caía el sol, se dirigía a la **casa** del **relojero**, donde dormía y **comía** cachitos de **pollo**.



Un día, **Remedios** tuvo cinco **hijos**,
todos manchaditos de **colores**,
que parecían ronronear todo el tiempo,
y, aunque sólo los más observadores se
daban cuenta, **maullaban** cuando las
campanas de la **iglesia** sonaban,
marcando el pasar del **tiempo**.

El **relojero** los cuidó hasta que
tuvieron edad para andar solos,
momento en que empezaron a
acompañar a su madre al **pueblo**.
Se dice que siguen por ahí, y los niños
que juegan con ellos les cuentan a sus
madres que en sus pancitas **suena**
un leve **tic-tac**, lento y tranquilo.

Y así fue la vida de **Remedios**,
la gatita color **carey**,
que ronroneaba al
ritmo del **reloj**.

Emiliano Pineda Legorreta



Nació el 18 de noviembre de 2005 en Toluca, Estado de México, donde vivió su infancia antes de mudarse a Tabasco. Desde niño ha sentido inclinación por las lecturas que le brindan una nueva forma de pensar su entorno. Sus autores favoritos incluyen a Horacio Quiroga, Ray Bradbury, y Yasunari Kawabata. Durante su estadía en Tabasco, desarrolló un gusto por los viajes, la gastronomía y la fotografía, lo que lo llevó a tomar diplomados en esta última. Siempre ha tenido animales de compañía, siendo sus favoritos los gatos. Después de unos años, volvió a Toluca y en 2023 ganó el Primer Concurso de Cuento INEDIB con su historia de suspenso titulada “Un niño”. Actualmente es becario del Patronato de la Universidad Iberoamericana, donde estudia la Licenciatura en Literatura Latinoamericana en la Ciudad de México.

Rodrigo Misael Estrada Reyes



Ilustrador y animador egresado de la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMEX) en 2019. Su trayectoria se ha desarrollado en el ámbito académico y creativo, participando en diversos proyectos vinculados a su *alma mater*. Su práctica artística se centra en la ilustración infantil, la creación de fondos y la animación, disciplinas que aborda con una mirada sensible, imaginativa y técnicamente sólida. Su obra se distingue por una estética cuidada y un profundo interés por la narrativa visual como medio de expresión.

REMEDIOS

de Emiliano Pineda Legorreta,
se terminó de imprimir en agosto de
2025 en

Para su reproducción se
utilizó papel couché blanco mate de
135 gramos. El tiraje consta de 200
ejemplares. Coordinación editorial:
Ixchel Edith Díaz Porras. Corrección
de estilo: Erika Mendoza Enríquez.
Coordinación de diseño: Luis
Alberto Maldonado Barraza. Diseño y
formación: Mayra Flores Mercado.

Editor responsable
Jorge Eduardo Robles Alvarez

Dirección de
Publicaciones
Universitarias

